

# El Motín

AÑO XIX NÚM. 7.

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

17 FEBRERO DE 1900

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
— Ultramar y Extranjero, six pesetas año. — Nú-  
mero suelto, 15 céntimos. — Afreído, 23. — Co-  
rreos póstales, 25 números, 1,50 pesetas.

## LO DE LOS SELLOS

Madrid. — Le enviaré 5 pesetas para lo de los sellos. *Francisco Navarro.*

Una peseta para lo de los sellos. *T. H.*

Cuente con 5 pesetas más. *E. Rodri-  
guez.*

Aplaudo la idea de los sellos; cuente con 5 pesetas de primera intención y con dos reales mensuales después que se hagan. *Antonio Alonso.*

Suena. — Para la primera emisión cuente usted con 2'50 pesetas. *Juan B. Fos.*

Villar. — Diez pesetas para lo de los sellos. *Isidoro Alvarez.*

Villarramiel. — Reciba esas 4 pesetas para la primera tirada. *J. Peramio.*

Gijón. — Cuente usted con 5 pesetas si lo de los sellos se realiza. *Claudio F. Rua.*

Navalmoral de la Mata. — Añada usted 57 pesetas á las 10 ofrecidas en mi anterior para los sellos. — Varios correligionarios, 25; Agustín Marcos Nieto, 10; Francisco M. Sánchez, José Arellano, Sotero Lara, Pedro Gutiérrez, á 5 cada uno; Paulino Pedro, 2. *Alfonso González.*

Cazalla. — Disponga usted de 20 pesetas para gastos de los sellos. De efectuarse la emisión, cuente con un buen pedido para los correligionarios de ésta, que con gran entusiasmo aplauden su idea. *Adelardo Lucena.*

Yeda de Huebra. — Para conmemorar el aniversario de la República, en vez de celebrar el consabido banquete, contribuímos con 5 pesetas para lo de los sellos. *Aquilino Martín, Juan Martín, Pedro Seviliano, Perfecto Estevez, Román F. Seviliano.*

Torre de Miguel Sesmero. — Considero magnífica idea la de los sellos, y ahí van 4 pesetas. *Antonio Frangoso.*

Omells de Nagaya. — Me suscribo por 10 pesetas á lo de los sellos. *Antonio Panadés.*

Ferrol. — El día que diga usted: «á pagar los que se comprometieron para lo de los sellos», le remitiré 5 pesetas, y puede usted contar además con 10 céntimos semanales desde aquel día. *José Díaz.*

Guadalajara. — Cuente con 10 pesetas de mi parte para los sellos. *R. Q.*

Villanueva de las Minas. — Contribuyo con 5 pesetas á lo de los sellos. *Manuel Barrios.*

## LOS BANQUETES

Soy enemigo declarado de que los celebremos para conmemorar el aniversario de la República. Los he combatido todos los años.

Este se han celebrado también, á pesar de todo, pero no quiero censurarlos. Como serán los últimos que celebremos en estas condiciones ¿para qué?

Los últimos, sí. Porque, ó en todo el año actual varía la marcha del partido republicano, ó no varía. En el primer caso celebraremos el aniversario en el destierro, en el presidio, ó en el poder. Y en el segundo, no habrá para el próximo Febrero ni un republicano que se atreva á banquetear, á menos que haya perdido por completo la vergüenza.

José NAKENS

## En defensa de la República

Muchos republicanos que lucharon por su instauración, al verla derrumbarse perdieron los alientos para dar nuevas batallas á la monarquía, y seducidos por aquella ficción de que la monarquía era la paz, no se atrevieron á poner en parangón los agitados días del 73 con la placida época del 78 al 98. No comprendieron esos timoratos republicanos que el único título que la monarquía invocaba, el de haber dado la paz á España, no era gloria de ella, era gloria de la República, porque don Alfonso XII y Cánovas del Castillo no hicieron otra cosa que utilizar los elementos acumulados por Salmerón, Castelar y Serrano, que fueron los verdaderos salvadores de España.

Los peligros para la patria y para la libertad no fueron los alzamientos cantonales, no fueron los disturbios interiores que carecían de importancia, hasta el punto de que el general Pavía con sólo seis mil hombres sometió las ocho provincias andaluzas. Disturbios de ese género tuvimos durante la primera guerra civil, más terrible que la última, y no por ello resultó vencida la monarquía de Isabel II. Los peligros para la patria y la libertad estaban en Cuba y en el Norte, en la guerra separatista y en la guerra carlista, y á ambas atendió la República, manteniendo incólume la bandera española y la bandera liberal.

¿De qué se acusa á la República? ¿De que por ella se alteró el orden? ¡Ha habido algún cambio tan trascendental como el cambio de régimen, sin que fuese acompañado de asonadas, sublevaciones y motines? ¿Podría invocarse á favor del régimen absoluto el que durante los primeros años del reinado de Isabel II se sublevaron los sargentos, se degollaron á los frailes y vivieron los pueblos en continua alarma y zozobra? No, eso acompaña siempre á toda transformación en el orden político como acompañan también los trastornos y los sacudimientos á toda transformación en la Naturaleza. Después de todo, la República tuvo bastantes energías para dominar esas convulsiones interiores, y cuando se dió el grito de Sagunto disfrutaban treinta y ocho provincias de España la misma paz que ahora tienen.

Oabe además discutir si era preferible aquella agitación que denotaba vida, amor á las ideas, entusiasmo por los principios, á esta paz miserable de que nos ha dotado la restauración, porque cuesta más hombres y más dinero que las guerras de la República y, en cambio, ha logrado matar todo sentimiento noble, toda fe en los ideales, confundiendo en asqueroso montón á liberales y conservadores, á demagogos y absolutistas, no sobrenadando más fe en medio de esta mar de apetitos insaciables y de inmoralidades escandalosas, que la de aquellos que abominan de la patria y quieren hacer girones el mapa de España.

¿Que la República desorganizó el ejército? Mentira. La República devolvió al cuerpo de Artillería los cañones que le quitara la monarquía de don Amadeo por complacer á ese general Hidalgo que ahora alardea de alfonso en el Senado. Es verdad que se indisciplinaaron algunos batallones, pero esto no lo hicieron los republicanos, esto lo hicieron los alfonsoinos para derribar la República, y por eso Salmerón y Castelar se apresuraron á restablecer los rigores de la ordenanza, con menos efusión de sangre, por cierto, que ha dominado después la monarquía alfonsoina motivos populares ó algunas manifestaciones pacíficas como la de Ríotinto.

La monarquía, al darse el grito de Sagunto, se encontró con el país tranquilo, el ejército disciplinado y disponiendo el gobierno de tales recursos, que para cualquiera fuese obra fácil la terminación de la guerra carlista y de la insurrección cubana.

La corta duración de la República y las contradicciones con que tuvo que luchar no permitieron señalar su dominación con hechos de trascendencia, pero al menos no se registró en tiempos de ella ninguna deshonra. No se perdió ni una pulgada del territorio nacional; se supieron contener las arrogancias de los Estados Unidos cuando la cuestión del Virginius; el ejército republicano mantuvo á raya á los insurrectos cubanos sin tolerar esa marcha triunfal de Maceo por toda la isla que se registra bajo la monarquía; los voluntarios de Estella supieron mostrar al mundo cómo se muere por una causa santa y las tropas de Bilbao resistieron un sitio que nadie osará comparar con los de Santiago, Cavite y Manila.

Si, mil veces bendita aquella República que no nos deshonró, que no dió á nadie pretexto para que nacieran separatistas dentro de la madre España, que no agobió al pueblo con impuestos como los que ahora exigen los gobiernos monárquicos, que no regaló millones como ahora se regalan á la Tabacalera, á la Trasatlántica y á otras empresas poderosas; que no puso en ridículo la toca de los magistrados haciéndolos presidir elecciones como la de Hoyos; que no infiltró por todas partes esa atmósfera de pesadumbre, esas emanaciones de cieno y de malaria moral que ahora nos asfixian haciendo temer por la existencia misma de la patria.

Republicanos: cuando oigáis hablar mal de la República, contestad con estos argumentos y con otros muchos que pueden aducirse. No os amilangéis, como suelen amilangarse, por desgracia, los sonadores y diputados republicanos consintiendo que se ultraje un periodo durante el cual se cometieron errores, pero no se presenciaron las vergüenzas que después hemos presenciado.

La fecha 11 de Febrero de 1873 la recordarán nuestros descendientes como una fecha sagrada. La fecha del 30 de Diciembre de 1874 en que el general Martínez Campos proclamó rey á don Alfonso XII... no quiero calificarla, la historia la calificará. Ese día nació el régimen que nos ha llevado á la derrota vergonzosa, á la decadencia moral, y al sistema económico deprimir al pueblo para que vivan en la holganza los afortunados que gozan de la confianza de la corona y de mayoría en las Cámaras.

## Enhorabuena y pésame

Mi enhorabuena á don José Nogales y Nogales, autor del cuento *Las tres cosas del tío Juan*, premiado con 500 pesetas en el certamen por *El Liberal* abierto.

Y mi pésame al señor don José No-

gales y Nogales, por no haber sabido sustraerse á la vanidad pueril de aceptar banquetes en el sitio de su residencia é ir después á Sevilla para que le den otro.

Pues esto prueba que el primer admirado por el éxito de su trabajo ha sido él, lo cual no es ciertamente revelación de una gran personalidad literaria, afirmada y convencida.

A los que lo hacen blanco de elogios y banquetes, también he de decirles algo; esto:

No podemos negar que ésta continúa siendo la tierra que se entusiasmó con Peral, científico, con Cirujeda, héroe.

Más seriedad, por Luzbel, apreciables colegas del gremio plumífero. Si echamos las campanas á vuelo por tan poco, limitado horizonte tenemos.

## La caridad monástica

Existía recientemente en París una Casa Asilo para la vejez, horrible prisión para los infelices ancianos que se dejaban encerrar en ella. Al frente estaba un fraile y cómo no, gozaba del patronato de una junta respetable compuesta de damas muy cristianas, y la bendecían los prelados. Era, en fin, una institución santa.

Los debates del juicio oral han revelado lo que dentro ocurría; cosas infelices, monstruosas. Los ancianos y ancianas comenzaban al entrar en el Asilo por hacer donación de su capital y de sus rentas en beneficio de la institución. De ese modo no les quedaba otro remedio que resignarse á lo que en adelante les pudiera sobrevenir, ó aceptar la negra perspectiva de pedir limosna y dormir al raso, si pretendían emanciparse de las tremendas torturas que les estaban reservadas.

¿Y qué torturas! Lo que quedó probado y hasta confesado en el juicio oral, fué un espanto, un horror. El buen monje, director del Asilo, había tomado sus medidas para verse pronto libre de los huéspedes importunos; les daba una alimentación insuficiente y malsana, y si protestaban, los dejaba varios días sin comer.

A la menor señal de queja, á pretexto de que sufrían accesos de locura senil, les ponía camisa de fuerza ó los hacía atar con fuertes cuerdas por manos y pies á los hierros de la cama; y allí, en semejante postura, bajo el régimen del ayuno les dejaba días y días, sin cambiarles de ropa, y revolcándose en sus excrementos. Si los desvalidos chillaban, doble cuerda; si molestaban y escandalizaban, una mordaza ó golpes hasta privarles de sentido. Algunos morían no pudiendo resistir tanto padecimiento, y esto resolvía admirablemente la dificultad: menos bocas en el Asilo y definitivo haber en la caja de los bienes que habían renunciado. Los que no perecían quedaban locos ó entontecidos, con el cuerpo todo llagado, incapaces ya de valerse, de tenerse en pie.

Fué el del juicio oral un desfile de miserables ancianos y ancianas que mostraron al Tribunal horrorizado sus carnes acariñadas, llenas de llagas y de pustulas. Una viejecita de 75 años se levantó las faldas en plena Sala correccional y enseñó su cuerpo martirizado. Un viejecito de cerca de 80 se presentó con el ojo derecho casi fuera de su órbita de un tremendo puñetazo que le habían dado por no someterse al régimen de pan y agua, por decir que tenía hambre. Una criada del establecimiento declaró que, apiadada de los ayes, lamentos y gritos de las asiladas con trato de cuerda, les colocaba una servilleta mojada por debajo de las ligaduras; descubierta por el director, le valió una soberana paliza y la expulsión.

El fraile jefe del Asilo tenía por ayudante á un exmarinero que desempeñaba en la casa toda clase de oficios. Hasta aquellos á que le obligaba el furor lúbrico del reverendo, creyente y profeso en las doctrinas y prácticas de los *estetas*. Á veces él mismo se embriagaba y desataba su malhumor en las espaldas, en la cara, en el cuerpo de los viejos asilados. Si por acaso el fraile le llamaba al orden, no por piedad, sino temiendo el escándalo, el criado para todos los usos le negaba sus favores.

El inspector de policía que visitó de improviso el Asilo y pudo sorprender tanta iniquidad y vergüenza, cuenta que no se podía parar en la casa, tal era el olor nauseabundo, pestífero que despedían las salas de los viejecillos, las camas de aquellos mártires. Y cuando la justicia intervino condenando á presidio al director y á su partida, *L'Ordre* y otras hojas parecidas protestaron porque se atentaba á la libertad de la Asociación religiosa...

Y menos mal que, al fin y al cabo, en Francia ha podido ser condenado á presidio el fraile; aquí aún estaría funcionando.

¿Sonará la hora de la justicia algún día en esta desventurada España? Pues si suena, van á faltar cuerdas en los presidios para atar á los frailes, hermanas de la Caridad, flaminio, y demás tropa que vive de la crueldad y de la inmoralidad bajo la careta de la caridad.

Porque mal, muy mal está Francia en este punto; pero aquí estamos peor, mil veces peor.

## Blancos ó negros

Aludiendo Morote á la situación en que se encuentra la República en Francia por haberse dejado enroscar al cuello la culebra clerical, dice:

«Siempre seremos los mismos en todas partes y en todos los tiempos los liberales y los republicanos. ¡Oh, el principio de la libertad de asociación! Respetémoslo, proclamémoslo, decláremonos intangibles, y á su amparo consintamos que se organice tranquilamente un Estado dentro de otro Estado y contra el Estado. Después, cuando el régimen que hayamos establecido muera de mala muerte, herido por la espalda, nos consola-

remos pensando en que se salvaron los principios.»

Conformes con lo de que *siempre hemos sido*, pero no con lo de que *siempre seremos*. Perdiendo se aprende.

Y si la República se estableciese mañana en España, yo confío en que nos impondremos los que pongamos su salvación sobre todos los principios.

Esto, aparte lo que el pueblo soberano haga en los tres días primeros para arrancar de raíz la mala semilla, tan de raíz, que no haya ni remota contingencia de que pueda brotar de nuevo.

Y diré más: para no hacerlo así, que continúe la monarquía. Remedios que no curan, vale más no emplearlos.

Vosotras, las infelices mujeres que trabajáis catorce ó dieciséis horas para ganar seis ó ocho reales, imitad á las Tejesianas de Salamanca; comprad un objeto de 25 pesetas para rifarlo, haced 2.200 papeletas á 15 céntimos, y sacad 330 pesetas. Así lograréis la utilidad de 300 y pico de misas con un capital de 25.

Aun cuando no, no lo hagáis: os multarían por defraudar á la Hacienda, é iríais á parar á la cárcel, donde deberían estar archivadas todas las atropelladuras que faltan descaradamente á la ley, para reunir dinero con destino á las fábricas de armas que surten de fusiles á los carlistas.

## Barbaros al frente

El ayuntamiento de Pamplona ha establecido la previa censura en el teatro, y en su vista, los autores han negado la autorización para que se ejecuten sus obras en el teatro principal. Con tal motivo, Sarasate no puede dar conciertos en un pueblo durante las fiestas de San Fermín.

La opinión sensata ha protestado y el órgano del ayuntamiento clerical ha insultado groseramente al gran violinista, añadiendo: «que la acción moralizadora del municipio está muy por encima del violín de Sarasate; que el pueblo podrá pasarse sin don Pablo, y que más perderá él si se priva de la anual ovación con que tan espléndidamente riega su justo amor propio.»

Y esto se lo dicen los neos á Sarasate, que sabe posponer á su amor patrio todo interés, renunciando miles de duros por concurrir anualmente á los conciertos célebres de las sociedades Santa Cecilia y Orfeón Pamplonés, dejando de paso algunos miles de pesetas á los establecimientos de Beneficencia; á Sarasate, que otorgó hace dos años testamento legando al municipio de Pamplona todas las joyas que poseía, incluso el «Stradivarius», valuadas en 140.000 duros, además de las de inapreciable valor que le cedió hace dos años para constituir un museo.

A todos los artistas y escritores que adulan, sirven ó transigen con los clericales, debería ocurrirles lo que á Sarasate, para ver si todos se convencían de que las personas de valer, honradas y decentes no deben reunirse con las que no lo son... ni en la Iglesia.

## ¿A QUE NO SE LOS PONEN?

La industria mística de fabricación de placas jesuíticas no dió resultado á causa de los escándalos, protestas y alborotos que por todas partes se provocaron con la exhibición de ellas en las puertas y fachadas de las casas de los neos.

Pero éstos, cuando se sienten industriales, tienen una facilidad asombrosa para inventar modas y socialías con que sacar los cuartos á los fieles creyentes con pretextos de religiosidad y devoción á los corazones místicos, que es el culto que hoy está en boga entre la gente mojigata.

Fracasado lo de las placas para puertas y fachadas, dicen los periódicos neos que á un industrial de la clase de beatos se le ha ocurrido la idea de fabricar unos botones pequeños que lleven grabado el corazón de Jesús y que sirvan para adornar el ojal de la solapa de las levitas y americanas de los católicos.

La idea, acogida con entusiasmo y recomendada con insistencia por los órganos de sacristía, no deja de ser buena desde el punto de vista del negocio. La gruesa de botones de esa clase costará en fábrica y de mano de obra una friolera, si, como es de suponer, resultan tan *artísticos* y tan bien confeccionados como las célebres placas; vendidos al por menor, aunque su precio no suba de 15 ó 50 céntimos de peseta, resultará un negocio bonito para el industrial, que es á lo que el hombre irá, pues hartas veces han demostrado esos industriales neos que á lo que tiran con todas esas ridiculeces y alardes de misticismo es á que los católicos suelten las pesetas.

Pero parécenos que, por esta vez y en este asunto, van á resultar fallidos los cálculos al jesuítico industrial y van á caer en el vacío las recomendaciones de los periódicos neos.

La idea del botoncito va á fracasar. Hay por ahí muchos católicos que no se atreverán á adornar su ojal con ellos. Sería un alarde jesuítico peligroso en estos tiempos.

Además, la mayor parte de esas gentes religiosas que en la penumbra de la iglesia,

ante el párroco y los cofrades se comen los santos, besan el suelo, se dan golpes de pecho y se quedan arrobados en éxtasis piadosos, cuando salen á la calle y se presentan en público, en su trato social y en sus tareas profanas, no se atreven á alardear de ello por temor al ridículo y porque no les conviene aparecer como son.

El uso constante del botoncito ese, es lo mismo que ponerse una librea místico-jesuítica que muy pocos querrán ostentar en público.

Para colocarse una señal de esa especie, que pregone á la faz de todo el mundo las ideas y creencias del que la lleva, sería preciso que unas y otras estuvieran profundamente arraigadas, y que la fe fuera sincera; y ésto, mal que le pese al inventor de esa moda, no existe entre la gente beata de estos tiempos.

Hay mucha hipocresía y fariseísmo en el elemento que actualmente, por rutina ó por conveniencia, pasa por clerical y jesuítico.

Desde luego apostamos cualquier cosa á que si se lleva á cabo la idea de los botoncitos y se ponen á la venta, fuera de cuantos beatos de menor cuantía y de unos cuantos jóvenes doctros, no habrá casi nadie que los use exteriormente para andar por la calle.

En esas socialías místicas caen fácilmente las mujeres; pero los hombres, para quienes exclusivamente se quieren hacer los botoncitos esos, no es probable que caigan.

Hay que tener presente también que el ser católico y religioso y hasta jesuita, no es obstáculo para que un hombre ande de vez en cuando en malos pasos; y no es cosa de estar quitándose y poniéndose el botón sagrado á cada momento, según el sitio á donde se entre ó de donde se salga. Los olvidos y las distracciones en este caso serían muy chuscas; podría entrar muy contrito un caballero católico en una iglesia á confesarse ó á rezar las cuarenta horas con el botoncito cuidadosamente guardado en el bolsillo más oculto de su ropa, sin acordarse de ponerse en el ojal de la levita; y podría también entrar en otro sitio menos santo á satisfacer necesidades más mundanas y nada pías, ostentando tan campante el santo botón, que se le olvidó quitar del ojal.

Nada, que eso no dará resultado al inventor.

Tiene muchos inconvenientes para los católicos el uso de ese botoncito místico-jesuítico.

José CINTORA

## Antes que eso, todo

Con motivo de las armas aprehendidas en Vizcaya, algunos periódicos liberales han hecho el juego á los carlistas, diciendo que el gobierno manda enterrar ó esconder las armas, para descubrirlas luego y presentarse como salvador de las instituciones.

Me parece un afán de oposición ridículo, el de negar que los carlistas conspiran, introducen armas en España y se preparan para la guerra civil.

Ni aun para combatir al gobierno debería ningún liberal oponerse á nada, absolutamente á nada que hiciese encaminado á desbaratar los planes del carlismo. A menos que no sean liberales más que de nombre.

Tratándose de carlistas, repito aquí le que tantas veces he dicho: estaré siempre al lado del gobierno, aunque sea tan fusilable como el actual.

Más de 400 peregrinos franceses que se dirigen á Roma conducidos por el obispo Robert, han sido obligados á retroceder hasta Marsella á causa de habérselos negado el paso por la frontera, interin no acreditasen estar vacunados.

Protesto contra esa arbitrariedad. Hasta ahora nadie había exigido que fuesen vacunados los borregos.

Esto es ya un lujo de persecución hacia los imbeciles, que todo pecho honrado debe reprobar.

## IDEAS PROPIAS

Los gobiernos de la restauración borbónica sólo han pensado en consolidar la legalidad de su existencia produciendo la ruina del país. Ni han ofrecido estímulos á la agricultura, ni abierto horizontes á la producción nacional.

Para los bajos aduladores ó hipócritas mercenarios adscritos á la causa de la monarquía, han venido siendo en España durante un cuarto de siglo todas las granjerías provechosas y todos los elevados puestos de dudosa dignificación social, si se quiere, pero lucrativos y predominantes...

Luego, cuando ha llegado la hora de los grandes heroísmos y de las fieras resistencias, se han tomado las consecuencias de tan corruptores procedimientos.

Se quiere que el pueblo sea patriótico, que se sacrifique heroicamente por la perduración de un régimen de tiranía que todo lo envenena y esteriliza, cuando está bien demostrado por la implacable lógica de los hechos, que sin grandes estímulos no hay patria posible, ni valor y exactitud en el cumplimiento del deber.

Pensar que los hombres han de trabajar,



se han de interesar ni sacrificar sus bienes y sus vidas por el Estado, sin tener la seguridad, la ineludible certeza, de ser por el Estado amparados en sus derechos individuales y colectivos, sería desconocer el corazón humano y la historia de todas las naciones.

Si España hubiera sido un país libre, regido por leyes democráticas y gobernado por hombres de probada capacidad e intachable honradez, tal vez no hubiera llegado al extremo de infelicidad en que yace postrada.

Los países regidos por leyes democráticas, son los que mejor y más virilmente defienden su independencia y la integridad de sus territorios. Véase, si no, lo que está ocurriendo actualmente en el gran conflicto armado anglo boer.

El espíritu de la opresión, la dominación tiránica, el siniestro servilismo, esterilizan las virtudes y enervan el valor de los pueblos oprimidos.

Infelizmente, pues, procurarán los vetustos restauradores monárquicos rehacer, con sus viejos procedimientos y sutiles añagazas, la nueva España. España no recobrará fuerzas, no podrá levantarse del siniestro ostracismo en que yace anonadada, mientras subsistan las causas que han producido su ruina. Mientras no se aligeren de los que intentan regenerarla con el hisopo y el flámulo de lucas, subvencionando conventos y organizando corridas de toros, todo cuanto se haga para sacar a España de su presente marasmo, será fatalmente perdido.

Una restauración ilegal proclamada por un golpe inusitado de fuerza, con todo su cortejo aterrador de inmundicias ostentosas y reaccionarios disimulos, ha conducido a España a la quiebra nacional, y preciso será, si queremos salvarla, acabar con la época vergonzosa de los turnos pacíficos, reintegrando al pueblo en la posesión de su soberanía intransferible.

Los pueblos no se rinden bajo la tutela onerosa de los que proclaman, con sus miserias ó torpezas, el hundimiento de su poderío nacional y la ruina de todos sus prestigios y glorias. Es preciso que rompan con el pasado.

El régimen de mentiras legalitarias en que vivimos la vida degradadora de la vil impotencia, está socabado. Bastaría un empuje viril para destruirlo.

Después, sería lógicamente posible la regeneración de España; pues que al hundirse con estrépito para siempre en el horrible abismo de sus torpezas y abominables infamias la negra España de las grandes ficciones monárquicas, de los políticos sin pudor, de la fealdad solomónica, de los piadosos generales cristianos, del flamenguismo hampon, de la torería ilustrada, de los jóvenes luses y de la ignorancia entornizada, de la ruina feliz de esa España abominable de formas loyalesas y sanguinarias, surgiría pujante y todopoderosa la nueva España del trabajo, del saber y de la libertad.

DONATO LUBEN

Personas bien enteradas de lo que ocurre en el gobierno, aseguran que se están poniendo en juego grandes influencias, para brindar con un asilo en España a los hermanos Asuncionistas cuya Asociación ha sido disuelta en Francia por conspirar contra el Estado y acaparar todo el dinero que podía, a fin de mantener viva la agitación contra la República desde las columnas de los treinta periódicos que costaba.

Voy sospechando que Silvela es de los míos, y que, a pretexto de protegerlos, va a reunir en España todos los frailes de Europa, para que nos demos un buen atracón el día que rescuite el año 35.

Gracias, colega en clericalismo, gracias; y no dudes que, en aquella que esté de mi parte, contribuiré a que no salga fallido tu diabólico plan.

## La Casa de Maternidad

Es otro filón para Hermanas y funcionarias, tan sagrado como el de la Inclusa, y también un teatro de crueldades que espantan y se cometen a diario como la cosa más natural del mundo.

El ideal monástico es el menos a propósito para entender en asuntos de beneficencia. Exige ésta miras muy amplias, una caridad muy universal, un humanitarismo demasiado sereno para la estrechez y egoísmos de los fanáticos del claustro.

Ponéis a la hermana de la Caridad en los hospitales y no deja vivir al enfermo a fuerza de imponerle rezos; le agrava la dolencia recordándole que puede morir, y si no es católico ó tan fervoroso como ella quisiera, no hay recurso que no invente para molestarle.

Si la colocáis en la cárcel, hace lo mismo con el preso y además lo humilla recordándole siempre su delito y comparándole con las virtudes de la immaculada hermanita.

Si la ponéis en un asilo, como no es madre, y para ella toda maternidad que no sea la de María, expeta de conversos varonil, es una cosa inferior, trata duramente al niño; como cree que la humanidad pecadora merece todos los tormentos, no se apiada de ninguna desgracia, y así en todas partes la veréis dura, imperiosa, implacable y egoísta, bajo su aspecto manso de ángel purísimo... de oficio.

Todo cuanto se ha hecho para combatir la prostitución por medio de asilos dirigidos por monjas ó hermanas, como las Abstrati-

ces, las Trinitarias de Méndez, de Oblatas de Daulia y otras, ha resultado contraproducente.

Esas hermanas no conciben la corrección más que mediante rezos continuos, austeridades aplanantes, una espiritualidad demasiado sutil, un encierro continuo, un trabajo abrumador. Haced que sin transición pase la mujer de vida airada a un régimen semejante, y muy fuerte ha de ser si no muere; muy decidida ha de hallarse a seguir el buen camino si no suspira por las ollas del Egipto de la prostitución. Este resultado es ya cocido por los sociólogos y por todos los hombres de ciencia.

Poned a la hermanuca al frente de una casa de maternidad y ¡horror! ¡lo ilegítimo, lo inundo, el pecado!... Esas impuras!

Pero no son tan malas para explotarlas. En la casa de Maternidad de Madrid se obliga a trabajar a las acogidas, y esto de un modo cruel. Se establecen clases y categorías entre las de paga y las pobres que están allí gratis. También esto es muy monástico y muy católico: las desigualdades son necesarias; ha hecho ya pocas la Naturaleza y hay que aumentarla de mil maneras. Es el ideal neo, ya fracasado, pero persistente y tenaz; esa escuela no tiene otro.

La pobre trabaja allí muchas veces de modo que compromete su salud y la vida del ser que lleva en su seno; ¡pero allí dentro no manda el médico, no manda nadie más que la hermana, no se puede reclamar, y la inteliz tiene que sucumbir al despotismo de las hermanas, que la desprecian, la maltratan, la humillan, la molestan con rezos y ejercicios interminables y la explotan. Si muere, sus ropas se quedarán en la casa; casa, no de beneficencia, sino, como dijo hace poco el *Heraldo*, de maledicencia; casa horrible donde hay un cuarto para depositar a las que mueren, sobre el cual se usan bromas y equívocos macabros que rien las hermanas; casa donde se oyen gritos horribles, porque allí las parturientas salen de su cuidado como pueden, asistiendo a unos cordeles cuando los dolores las hacen retorcerse, mal asistidas, peor siempre las pobres que las de pago; abandonadas... ¿Qué les importa todo aquello a las hermanas? ¿No son consecuencias del pecado? ¿Que las sufran.

Un hecho demostrará hasta qué punto es grande el desprecio de la hermana por la mujer parturienta y mayor aún la avaricia con que la explota.

El día de Nochebuena se da a las acogidas en la Maternidad una cena extraordinaria; sardinas, (¡qué esplendidez!), una tortilla y *cascado* que se ha traído *al peso*, al consumo, como la cera en las iglesias, para lo que ahora se verá.

Apenas empezada la cena, un capellán entra en el comedor y empieza a predicar a las pobres mujeres diciéndoles que miren la caridad de la Casa, cuán bien las trata con aquella cena... ¡y ellas, pecadoras que merecían mil muertes! ¡que acaso morirán en el parto y muy pronto! Sus familias en aquella noche cenarán tranquilas las unas, sin acordarse de ellas; otras, lamentando la falta de la hija que llevó al hogar la deshonra...

Y, es claro, las pobres empiezan a llorar, algunas a gritos; se agita la fiesta, y no común, que es lo que se buscaba para devolver parte del cascado al vendedor y ahorrarse las hermanas la diferencia, porque la Diputación ya pagó la partida entera. Los diputados dan una cena; las hermanas la llevan de ceniza y de lágrimas. ¡Oh, caridad!

—¡Que tenga un hombre, un sacerdote, que hiciera esta infamia, para contentar pu...

...sinas beatas! nos decía una vez cierto capellán de la casa de Maternidad, al día siguiente de haber representado esta escena criminal, inconcebible, refinamientos de la avaricia monil, de la crueldad y de la hipocresía...

Pues en tales manos está el panderó benéfico y estará mientras no suceda lo que debe suceder y... ¡cuánto tarda, sobre todo para los infelices martirizados y explotados!

«En los Estados Unidos, sólo el de Nueva York ha invertido el año 1899 en instrucción pública más de 30 millones de dólares, cerca de 200 millones de pesetas.

La Universidad de Chicago ha tenido desde el año 1890 un bienhechor que le lleva dados pesos 7.636.000.»

Todo eso es verdad. Pero que presenten ejemplares de personas de posición que entreguen a los frailes cuanto tienen, perjudicando a sus familias. ¿Qué han de presentar? En cambio nosotros podemos enviarles una lista con millares de ellas.

Así, que no se den importancia. Si ellos protegen la enseñanza, nosotros protegemos la barbarie. Cada cual a lo suyo.

## Hablemos claro

Copia Castrovido en *El Pueblo* de Valencia este párrafo de *El País*:

«Lo que nunca se ha visto en ningún país, y que tiende a aparecer en España, es que los generales derrotados de un ejército por ellos entregado al enemigo, pretendan imponerse y constituir un militarismo insostenible e injustificado, que ejerce presión, no ya sobre los gobiernos, sino sobre el Parlamento, la prensa y la opinión.»

Y después de copiado este párrafo, añade:

«Es verdad. Y después de ese embuchado (un chorizo riojano) réstame para concluir repetir con Nakens ésta su predilecta jactancia:

¡Gracias, Dios de los ejércitos, por haber permitido que nos derroten los yanquis!

¡Gracias, Dios de las victorias, porque si llegásemos a triunfar no queda un español

de la clase de paisanos que lo hubiera podido contarlo...»

Dice bien Castrovido; esa es mi jactancia predilecta.

Porque me ataña el pensar lo que hubiera sido de esta pobre España, si llegan a volver triunfantes los generales que frecuentan la residencias de los jesuitas y los coroneles que tocan sus condecoraciones en momias como la de San Isidro; ni rastro de que la libertad ha existido queda en esta nación desventurada.

Esto aparte que pienso como Clemancau, quien dijo hablando del empeño del ejército francés en que no se revisase el proceso Dreyfus:

«No es posible que el ejército sea un poder arbitrario y exclusivo, independiente de toda subordinación con el Estado. No es posible que el ejército, simplemente un actor, sea soberano y juez. No es posible que el ejército, rueda de una máquina, quiera ser eje de ella. No es posible que el ejército, siempre tan querido en Francia, reclame una adoración y una idolatría absolutas, libre de discusión y de contraste. No puede ser. Los militares se equivocan. No hay el honor del ejército; no hay el prestigio del ejército; no hay la necesidad del ejército; hay las necesidades y el honor y el prestigio de la Francia entera. El día de una movilización, los menos en el ejército serán los profesionales; los más serán los ciudadanos franceses. No hay, pues, razón para que el ejército quiera privilegio ninguno.»

Conforme, enteramente conforme con el publicista francés.

España es antes que el ejército; afirmación que nadie haría si el ejército no quisiera imponerse a España.

En el monstruoso proceso de Notarbarto, que se desarrolla en Milán, figuran 400 acusados. Entre ellos los hay alcaldes, concejales, profesores, curas, propietarios y muchas señoras de la aristocracia. Todos están acusados de asesinatos múltiples, de complicidad ó asesinato por mandato. Todos ellos forman parte de la mafia, es decir, la liga del puñal y de la cruz.

Valiente liga para despoblar una nación. Cuando el puñal se pone al servicio de la cruz, reviste el crimen una ferocidad que espanta.

Digalo ahora la mafia en Italia, como en España en el primer cuarto del presente siglo *El Ángel Exterminador*.

## Las mujeres y los curas

Hay un hecho que resulta sangriento para el clericalismo, y del cual, no obstante, parece que a veces hasta se muestra satisfecho y orgulloso.

El hecho es que hoy las misas se celebran casi exclusivamente para las mujeres: en el confesionario se sientan los curas a confesar mujeres; las asociaciones religiosas se componen de mujeres; las novenas y demás solemnidades del culto no son presenciadas más que por mujeres; a los sermones de Cuaresma no asisten más que mujeres; mujeres son las lectoras de las revistas y folletos clericales; mujeres las que con sus donativos hacen posible ó próspera la vida de las parroquias; mujeres las que extienden la fama y la influencia de los jesuitas; mujeres las que sostienen los conventos de los frailes; mujeres las que defienden aberraciones como la de las placas del Corazón de Jesús; mujeres y siempre mujeres para todas las manifestaciones de la vida del clericalismo.

¡Por qué esto, que evidentemente aparece a los ojos de todos! Porque el clericalismo moderno ha hecho de una religión eminentemente varonil, austera y científica, una secta que no pueden practicar en serio más que las mujeres; y, para hablar con propiedad, las mujeres españolas, que son las más ignorantes de todo el mundo.

El Evangelio de Jesucristo puesto en práctica es tan de hombres, que en los primeros siglos de la Iglesia por cada cien mártires había una mujer que sufriera el martirio; el apostolado pidió y obtuvo la fuerza y la inteligencia de hombres esforzados; hombres y muy hombres reformaron las ciencias paganas, y a nadie, absolutamente a nadie, pudo entonces ocurrírsele que aquella religión que pedía tantos sacrificios pudiera ser patrimonio exclusivo de las mujeres; nadie pensó que las ceremonias de un culto austerísimo pudieran ser espectáculos femeninos, y en ninguna inteligencia pudo ni aun apuntar la idea de que el sacerdote católico hubiera de ser sostenido, enaltecido y reverenciado solamente por las mujeres.

Pero cambiaron los tiempos y llegaron los fines del siglo XIX. El catolicismo se olvidó completamente de Jesucristo y del Evangelio; dejó de ser catolicismo para convertirse en clericalismo, ó sea una amalgama de doctrinas y sandeces, verdades y fanatismos, prácticas estúpidas y ostentaciones de la vanidad humana.

Llegamos a estos tiempos en los que, si un predicador dijera que en Jesucristo hay dos personas ó una sola naturaleza, no habría una devota a la que se le alterase un músculo de la fisiología; pero si se atreviera a poner en duda la eficacia de los curas, padremaestros de San Judas, sería arrojado del pulpito y delatado a las eclesiásticas autoridades como reo de terrible pecado de impiedad.

Estos tiempos en los que nadie da culto a Jesucristo Crucificado y se llenan las iglesias más elegantes de devotas pertene-

cientes a todas las clases de la sociedad, que van locas de entusiasmo a rendir culto de adoración y amor a San Expedito, el santo que dice «eras, cras, mañana, mañana concedere todo lo que me pidáis.»

Estos en los que languidecen todas las antiguas asociaciones que daban culto a la Madre de Dios, pero que cada día están más en auge las *bolitas* que dan los redentoristas. Unas bolitas de papel donde está grabada la imagen del Perpetuo Socorro, y que, tragadas en ayunas, causan los más milagrosos efectos en el cuerpo y en el alma.

Estos en los que no ha habido un devoto del Corazón de Jesús que encargue a Pradilla, a Sorolla ó a Cubells una imagen artística del Corazón de Jesús, pero en los que esa imagen se ha grabado ó se ha puesto su caricatura en pedazos de cubo barato con el nombre de sagradas placas.

Claro: ¿cómo ha de haber hombres que puedan sentirse conmovidos y mucho menos entusiasmados por tales mamarrachos! Esa colección de Expeditos, bolitas y placas, podrá servir para que los jeansas saquen los cuartos a las pobres mujeres, pero tienen que merecer el más olímpico desprecio ó la guerra más sin cuartel de toda persona formal, seria y varonil.

He aquí, pues, el primer motivo que hay para que hoy la religión católica no sea practicable más que por mujeres.

En otros artículos que hemos de dedicar al mismo asunto, iremos estudiando otras razones que establecen ese vínculo, al parecer tan fuerte entre la mujer y el cura. Lo que sí hemos de hacer hoy es exclamar: «¡Pobre Iglesia de Jesucristo, cómo te han puesto los que se llaman tus amigos! ¡Qué estado más triste el tuyo, haber pasado a ser tus prácticas una de las debilidades que se les consienten a las mujeres! ¡Algo así como darse polvos ó ponerse corse!

¡Empezaste viendo cómo tus señoras daban la sangre por defenderte, y acabas contemplando cómo tus sacerdotes viven muy a gusto defendidos de toda molestia por el poder de las enaguas y el polisón! ¡El nombre de obispo quisiste que se confundiera con el de mártir, y ahora tienes que sufrir que se confunda con el de bien quisto y bien recomendado en el tocador de las damas!

¡Con palmas vencedoras ordenaste que se sellaran los sepulcros de tus sacerdotes; hoy habría que poner sobre ellos un tarro de coloret!

¡Con el poder de la cruz quisiste dominar el mundo, y tienes que verte reducida a dominar con el poder de la muselina y el patchouli!

GIL BIAS DE SANTALLANA

Un matrimonio de Peralta (Pamplona) fué a misa, dejando a dos de sus hijos en la cocina. Al volver se encontró a uno carbonizado y al otro poco menos.

No lo sentirán mucho. Como son católicos, es decir, egoístas, saldrán del paso y se ahorrarán penas exclamando: «¡Ángelitos al cielo!

A la cárcel deberían ir ellos, por haber dado lugar a la muerte de los niños con su criminal abandono y su imprudencia.

## BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

Al referirse a las pesquisas judiciales que se hicieron en el convento de los conspiradores Asuncionistas, el P. Picard ha dicho, aludiendo al secuestro de la correspondencia femenina:

«Se han leído nuestras cartas íntimas. ¡Protesto indignado contra tal lectura! No ha debido hablarse de esas cartas. Porque todo el mundo sabe lo que son las mujeres. Si las hay sensatas y prudentes, las hay que dicen todo lo que les pasa, no digo por el cerebro, sino por el espíritu. Se ha buscado en nuestras celdas, olvidando que son celdas de sacerdotes, depositarios de sagrados secretos de mujeres...»

Si los maridos de beatas no fueran dóciles por naturaleza, ¿cómo andarían ahora los de Francia, después de enterarse, por la declaración de ese Padre, que sus señoras hacen depositarios de *sagrados* secretos a los frailecos! Temerían por su honor, ó por su dinero, ó por ambas cosas a la vez.

Un hombre pudiera estar en posesión de un secreto de una mujer, sin abusar de la situación especial en que respecto a él estuviese colocada. ¡Pero un fraile! Un fraile, como no puede ser caballero porque no se pertenece, un fraile abusa siempre del secreto, ora en provecho de sus groseras pasiones, ora en el de la comunidad.

Por esto, mujer que confiesa cualquier desliz a un fraile, queda completamente a sus órdenes, es su esclava sumisa; y si le pide su honra tiene que dársela, para no verse misteriosamente deshonrada; y si el honor de su marido, concedérselo, para conservar aparentemente el suyo; y si dinero, que entregárselo sin replicar, para comprar su discreción. ¡Cuántas desdichadas querrán escapar de sus redes, y se enredarán más y más!

Esto se comprende; lo que no se explica, es que un marido, sabedor de que su adorada mitad anda entre frailes, viva tranquilo y satisfecho. A menos que lo convenga que su beata legal lo deje en libertad, para poder visitar sin inquietudes a la beata agena.

Que se dan casos, dicho sea con perdón de los que aún no hayan sufrido las consecuencias naturales y lógicas del

que permite a su mujer que se expona-  
nee con otro hombre, y más si es de tan  
baja extracción como todo el que se de-  
dica a fraile.

## Cada cual á lo suyo

«Dieciocho frailes procedentes de Filipinas van a establecer un convento en Málaga, dice un periódico de esta ciudad. Personas de gran posición social, de esas que jamás han hecho nada útil a la humanidad, y que por eso precisamente son millonarios, andan buscando local ó sitio adecuado donde se instale la comunidad con todas las comodidades que requiere lo inútil de su institución.

Nada de buscar albergue para los hijos de los pobres, y los obreros que carecen de domicilio al llegar a la vejez.»

Y hacen perfectamente esas personas de gran posición social, en no interesar-se por los obreros.

¿Carecen de albergue sus hijos? Pues que se lo busquen, ya que no ignoran que uno de los medios para conseguirlo, es el no trabajar.

¿No tienen ellos domicilio al llegar a la vejez? Pues que hubieran robado en su juventud.

Robado millones; entiéndase bien. Nada de subversivas confusiones.

Por mi parte, a todo el obrero que vea con hambre y sin albergue, le cantaré desde hoy:

Tú lo quisiste,  
tú te lo ten.

## DOCUMENTO EDIFICANTE

Lo es esta carta, encontrada en un confesionario de San Francisco el Grande, y dirigida al rector de aquella iglesia:

«Señor don Manuel L. Anaya.

14 Enero 1900.

Padre mío: De algún tiempo a esta parte, siempre que le pido me cumple su oferta de socorrerme, me contesta usted recordándome que yo al salir de los sátnas del Hospital, donde el falso testimonio de usted me hizo estar presa diez meses por loca (enando gracias a Dios siempre estuve en mi cabal juicio) dije y escribí que con oro me habías de tapar la boca.

No soy yo como usted, que se desdice y niega con la mayor frescura; por eso confieso que es cierto; así dije entonces con esta frase que escribí a varias altas personas. Si quiere que calle, cuando de oro ha de poner a mis labios.

Pero es menester que usted también reconozca lo demás ocurrido. Lejos de prestar mi consentimiento para procesar a usted; lejos de buscar el apoyo de la prensa... con una generosidad que usted nunca podrá comprender... recuerde usted lo que hice la última noche del 97, al visitarle por la primera vez en su casa de la calle del Arsenal... ¡No era el amor el que me llevaba, que éste ya no existiría, se lo puedo jurar, era sólo la voz de Dios que me mandaba perdonar al enemigo! ¡Yo os perdono!... Dios lo sabe, y luego, claro está, me callé sin poner precio a mi silencio, y nada os hubiese podido, si no me viera tan pobre (por culpa de usted) y usted no se hallara en tan progresiva abundancia. A multitud que usted se va llenando de oro, yo voy empobreciendo y como a ministro del Señor le urge que me socorra. Si otra cosa fuera, yo escribiría a Silvela, al P. Pomplilio, a todas las personas de viso que a usted conocen... para que usted me favoreciera. Si yo quisiera haceros daño ó sacaros el dinero a todo tranco, ¿qué cosas no saldrían de esta cabeza loca?... ¿No le daría fatiga de tener ante mí un montón de plata y negarme un socorro? ¡Por Dios, Padre, lo espera su María.»

«Que quién es ese cura Anaya! Oigamos a *El País*, que se pinta solo para saber la vida y milagros de los curas madrileños:

«El tal ha sido siempre un ente de lo más antipático, pedantesco, insuflable é inútil que puede haber en el clero.

Hecha su carrera a fuerza de suspensos y medanos en Toledo, se dedicó en Madrid no hace aún muchos años a predicar en voz de falsete y con ademanes de damisela diciendo enormes desatinos, y al mismo tiempo se aplicó a engatusar madamitas en el confesionario, embaucar viejas, meterse en todas partes y pretender de un modo insistente, agresivo, furioso, tal lo pretendible; la plaza de predicador, la rectoría, el economato, la capellanía de honor; y aunque fuera un cargo honorífico sin renta, pero de retribución, había de pretenderlo molestándole a todo Madrid.

No ha perdonado medio, incluso el de aliarse con enemigos del trono.

De la hermandad del Refugio fué eliminado del cargo de inspector de su iglesia (San Antonio) por su pedantería, orgullo insuflable, necesidad, ansia de dominio, ridiculeces y afanes acaparadores.

Pregúntese a cualquier sacerdote, y se lo oirá decir: «¿Quién? ¿ese? Ese es un trasto, un clérigo faldero despreciable; un niño gótico ignorante y pretencioso.»

Por último, su personilla está siendo motivo de un continuo ridículo escandaloso que pone por los suelos la seriedad de la encopetada iglesia de San Francisco.

Hace años que, por miras interesadas, enloqueció a una pobre joven, buena y honradísima, aunque algo neurótica. Por culpa de él la infeliz sufrió tanto, que dió en cruel monomanía, causa de escándalos grandes de que fué teatro San Ginés tantas veces, otras San José y algunas iglesias más de esta corte.

Entonces el clériguillo la hizo encerrar por loca, incurriendo en arbitrariedad que subsanaron los médicos dando a la infeliz de alta, por no padecer enagenación mental, y hoy pobre, enferma y abandonada, lo persigue, con razón si bien se mira, lo hiciera y le ha dado ya tres escándalos monumentales en pleno San Francisco. ¡Vaya un prestigio para un rector de tan principal iglesia!

A más de los escándalos, la neurótica ha dado en escribir cartas al rector y depositarlas en altares y confesionarios. Monaguillos, sacristanes, beateros y público, han ocupado ya varias.»

Después de leer esto y de saber que ni el obispo ni el gobierno han tomado determinación alguna contra ese Anaya, viene



involuntariamente a la memoria aquellos versos que empezaban

Iglesia, perdida estás  
con gente tan...  
Acabe los versos quien los sepa, que yo  
no me atrevo por respeto a mis lectores.

Compuesto lo anterior, leo que el día 9 del actual ocurrió en San Francisco un escándalo mayúsculo.

La infeliz mujer, a quien se alude, presentóse en la casa del rector Anaya, contigua al templo, y él ordenó que a puntapiés la echaran por las escaleras abajo. Más compasivo el criado, se limitó a coger a la señorita en brazos, y *relis nolis* bajarla hasta la puerta de la calle, donde la dejó en medio la rechifla de los vecinos, que gritaban riendo:

—¡Es la María! ¡La antigua... amiga de Anaya, su víctima! ¡Pobre mujer! ¡Tiene esto pares de... bemoles!

Ella, irritada, se defendía.  
El tumulto iba en aumento... Después la pobre neurótica intentó penetrar en el templo, pero los bedeles, que tenían orden de no consentirlo, le cerraron el paso.

Nuevo escándalo.  
—¡Quiénes son ustedes, quién es el rector, quién es nadie para no dejar que entre en la casa de Dios una mujer que no está excomulgada!—gritaba la infeliz. —Llamaré a la autoridad en mi auxilio, y veremos si entro o no...

Algún del pueblo se puso de parte de ella; los bedeles se excusaban diciendo:

—¡Pero qué hemos de hacer nosotros, si tenemos orden del rector!

Y crecía el escándalo, en el que tomaron parte hasta los monaguillos...

Y yo pregunto: ¿Se consentiría que un coronel de regimiento, un presidente de Audiencia, un alto funcionario cualquiera, diese con su conducta pretexto a escándalos diarios, en el cuartel, en el Palacio de Justicia, en un ministerio? No. Sus respectivos jefes lo evitarían bien pronto.

¿Pues por qué entonces el obispo de Madrid no impide que ese Anaya atraiga sobre la iglesia de San Francisco miradas que no son de piedad ni de devoción, sino de rabia ó de odio?

Esa desdichada mujer no está loca; los médicos lo han declarado. Si por causa del Anaya se ve abandonada y en la miseria, no sería justo separarlo del puesto preeminente que ocupa, para que sus llos particulares no perjudicaran al prestigio del clero, que no está muy alto que digamos!

Y conste que digo esto perjudicándome, pues lo que me conviene, para justificar la propaganda que hago, es que a cada cura le arme un llo cada día al entrar en la iglesia, la mujer (ó las mujeres) que tengan derecho para ello, por cositas dulces del pasado ó del presente.

Pero no lo puedo remediar; antes que todas las propagandas, están las exigencias del corazón, y el mío se derrite en amor hacia mis presbíteros.

Con un Corazón de Jesús estampado en la espalda recorre un tiempo las calles de Palma, causando el regocijo de los transeúntes, cuando al querer dar la vuelta en dirección al Borne, ¡pataplán! cayó en un largo y cálido abrazo.

¡Oh Providencia! ¡Existes algunas veces!

## Ejemplo que imitar

El gobierno francés ha presentado a las Cámaras un proyecto de reforma del Código, por el que se faculta para desterrar a los obispos que de cualquier modo censuren los actos de las autoridades. Actualmente sólo pueden ser desterrados los que en sus pastorales censuren al gobierno.

También se establecen penas, que variarán de quince días a dos años de cárcel, para los ministros de cualquiera religión que critiquen públicamente los actos de las autoridades francesas.

El proyecto cuenta con una enorme mayoría parlamentaria y con el apoyo de casi toda la prensa.

¿Y cuál ha sido la actitud del Papa ante este proyecto? Ordenar al Nuncio que guarde el mayor respeto al gobierno y se lo haga guardar al clero.

En cambio aquí, en cuanto se trata de rebajarle un ochavo a un sacristán ó prohibir que insulte a los liberales un monaguillo, hay que oír al Papa y a los obispos y a los tonsurados de menor cuantía.

Y es que el Vaticano, tan débil con los fuertes, se crece ante los débiles. Y no se contenta con negarse a lo que le piden con humildad: exige la humillación.

No lo olvidemos para el día que se vuelvan aquí las tornas.

## Duro en esa gente, duro

Continúa La Lucha de Cádiz su moralizadora campaña contra los laíones honrados.

Y habla de los que se comen en la Diputación provincial miles y miles de pesetas que se vienen consignando en los presupuestos desde 1891 con destino a nuevos estudios de unos ferrocarriles económicos que están ya de sobra estudiados, mientras los niños de la Inclusa se mueren de hambre por haber llevado las economías hasta el punto de que cada ama lacte dos ó tres, sin perjuicio de no pagarles luego. El artículo en que de esto habla, titulado *Infamias de la Diputación*.

En otro se ocupa del «desfalco, fraude, robo ó como quiera llamársele, ocurrido recientemente y del que son autores varios bandidos disfrazados de comerciantes», y ofrece, si va a Cádiz un delegado

especial del gobierno para depurar responsabilidades y hacer justicia, entregarle documentos y notas que arrojarán mucha luz sobre el asunto.

Duro, valiente colega, y héndase esa piliencia que, mintiendo patrióticamente y haciendo a la patria, deshonorándola además; duro en esos satélites de la Trastatánica que arranca millones a unas Cortes monárquicas por haberse enriquecido conduciendo soldados a Cuba y Filipinas en las condiciones que todos sabemos, y que la hubieran llevado a los tribunales en un país donde la palabra justicia se tomase en su acepción verdadera.

Nada se conseguirá hoy por este camino; los poderosos seguirán robando y los gobiernos cerrando los ojos.

Mis votos de esta manera se abren de par en par los del pueblo, y, viendo claro, puedo ser que se decida algún día a tener vergüenza.

Monsieur Lamarca, obispo de Concepción (Chile) ha pedido la expulsión de su diócesis de la orden franciscana, por la sencilla razón de que hace 300 años que los frailes están catequizando indígenas, y sólo han logrado los benditos robar las propiedades inmensas, dejándolos tan salvajes como estaban, y con una adición al aguardiente que ya va!

Hasta los obispos barren ya la basura frailuna que nosotros nos honramos en recoger.

¡Si seremos brutos y sinvergüenzas!

## Misterios que no lo son

Son tantas las donaciones que las señoras ricas que se mueren en Madrid hacen a favor de clérigos de baja extracción, y en contra de sus respectivas familias, que *El País* exclama:

«Debe haber, y hay, en efecto, gato encerrado en estas singulares donaciones. Porque se observa que los clérigos, objeto de ellas, no son hombres distinguidos por su talento, ciencia, virtudes ó siquiera dotes personales, sino hombres groseros y bestiales como Quintana (don Jerónimo), cura de Santa María; brutos ó machamartillo, y hasta antipáticos de remate, como Billesteros; niños góticos y pedantes insuflables, leos inclusive, como Anaya; imbéciles degenerados y estetas como Potadela, ó cucuinas infectos como Piña; todos ellos ignorantes de lomo y lomo, cursis, fallos de educación y maneras, expresándose como barrenderos, y tan incapaces de ocultar su baja bellaguería, que hasta verlos para leer en sus trazas las personajas que los impulsan.»

Ignorando la clase de relaciones que las señoras difuntas mantenían con esos clérigos que *El País* cita, me guardaré muy bien de emitir mi opinión en el asunto. ¡Hay tantas cosas que no se explican, pero que se explican levantando a media noche los tejados de las casas!

## Quejas tardías

«El alcalde de Sevilla se ha dirigido a los diputados y senadores de aquella provincia, solicitando que se opongan resueltamente a que el municipio se vea privado del dominio del exconvento de Capuchinos, que gestiona apropiárselo la comunidad, que ocupa hoy parte de él. El ayuntamiento ha disfrutado de la tranquila y pacífica posesión del edificio desde 1854.

Para atender a las calamidades generales, el ayuntamiento, por pura benevolencia, dió asilo a una exigua representación de la orden religiosa mencionada. Hoy, considerablemente aumentada la comunidad, trata de apoderarse del edificio, y para conseguirlo, mnévense activamente.

Se cree que no lo conseguirán, pues Sevilla vería con malos ojos este despojo.

El ayuntamiento y los representantes en Cortes están dispuestos a hacer una oposición tenaz.»

Esto leo en un telegrama y a fe que me produce indignación; pero no contra los frailes, sino contra los hipócritas del municipio que los asilaron en el exconvento, que los han venido halagando de varias maneras, y que reparten anualmente entre gandules y gandulas millares y millares de pesetas que niegan a la clase trabajadora.

Ellos son los que no cumplen con su deber ni están en su puesto: los frailes sí; su misión es apoderarse de todo, y la llenan con fe inquebrantable. Podremos acabar con ellos un día ¡así fuese mañana!, pero no desconocer que se portan siempre como lo que son.

Imparcialidad ante todo.

## Clérigos perseguidos

Mucho he combatido a los curas. Y lo que los combatiré. Pero al pensar en la perra vida que arrastran algunos, honra lástima me inspiran sus desventuras; lástima que ha llegado al punto leyendo los siguientes párrafos de un artículo que *El País* dedica a los rigores y la injusticia con que son tratados por obispos y párrocos, y a la vida miserable que llevan:

«En Madrid hay curas que están vendiendo fruta en puesto de portal ó de plaza; los hay siendo porteros; los hay, como don Antonio Monserrat, dedicados a la música de corde! Cuatro sacerdotes acaban de pretender plaza de camareros de café; hay otros muchos pidiendo limosna por las casas de sus conocidos; otros haciendo oficios ajenos, y uno se ha presentado en nuestra redacción ayer, dispuesto a vender *El País* por las calles, usando, es claro, un raído hábito, en vista de que el obispo no quiere dejarle ganarse el sustento, con su

ministerio, y el pobre ha llegado a la última miseria. Desde una portería, en fin, nos escribo esto que lleva seis años de suspensión, viviendo de la caridad, y también dispuesto a ser mozo, ordenanza y vendedor de periódicos.»

Ha dicho antes que me daban lástima esos curas, y a fe que me arrapiento. Son más dignos de ella los que permanecen trabajando en su oficio, sin valor bastante para protestar contra los que los vistan y tiranizan.

Un cura principado debe sentirse más hombre que los que siempre ejercieron de tales. Apartado de la Iglesia, podrá sufrir la miseria física, pero no la moral.

Claro que esto no me impide condenar a los magnates del clericalismo por la manera cruel con que tratan a los que debieran considerarse como hermanos, no como esclavos.

## A CHORROS

Bajo un sol de mediodía que achicharra, funde y tuesta, los morrales a la espalda, las hoces en bandolera, van siguiendo el polvoriento camino de Canillejas cuadrillas de segadores que habrán de regar la tierra con su sudor, obedientes a la maldición eterna que da pan al que trabaja y gallinas al que huelga. En procesión incesante los grupos pasan, se alejan, y en las colinas peladas se pierden en manchas negras.

Vienen del Norte, bajando de las empinadas sierras con sus sombreros de paja y sus zuecos de madera, y así cruzan por la corte, sirviendo de escarnio y befa, silenciosos, tristes, lacios, con sus guñapos a cuestras. De pronto invade el camino la multitud voceiglera que va acudiendo a la plaza en oleadas inmensas. Fustas, pitos, cascabeles restallan, silban y suenan, los caballos se desbocan, los carruajes se atropellan y avanza la muchedumbre de loco entusiasmo ébria, con el ansia de los gocees que brinda una tarde espléndida. Entre aquel torrente humano, perdida, confusa, envuelta la cuadrilla, avanza siempre desmenuzada y deshecha, pero ya sus puntos tristes al conjunto alegre mezcla, aumentando el contingente de devotos de la procesa.

Luego, cuando el sol se oculta, la multitud se dispersa entre el incesante estrépito de trallas, pitos y ruedas... Y poco a poco, allá lejos, por plazas y callejuelas se va extinguiendo en rumores el estruendo de la fiesta. La aucha avenida del circo triste y solitaria queda, y solos, como fantasmas que surgen en las tinieblas, van siguiendo el polvoriento camino de Canillejas, los morrales a la espalda, las hoces en bandolera, los infelices obreros que van a regar la tierra con el sudor de sus frentes marcadas por la miseria...

SINESIO DELGADO

## ALLÁ VEREMOS

Cansado ya de esperar tanto tiempo que el fraile Menni, su médico y compañía le pidan explicaciones ó lo lleven a los tribunales, Marcelo Lescouzeres se ha convertido en acusador y pedido a la Audiencia la reapertura del sumario Menni-Semillán, con nuevas pruebas.

En la demanda se pide el careo del fraile Menni, del médico y de la cómplice Sor Angela con la madre de la infeliz Francisca Fernández Semillán y con Lescouzeres.

Esta petición fué presentada al fiscal de la Sala 2.<sup>a</sup> por medio de procurador el día 31 de Enero de este año, y a los ocho días no había aún noticia de nada. Si la dilación es grande, el acusador dice que hablará de otra manera, a fin de que el público vea con cuanta razón y justicia ha tomado sobre sí la causa de las víctimas del P. Menni.

El público está ya convencido; a los únicos que tiene eso valiente que convencer, es a los encargados de administrar justicia.

Celebraré mucho que lo consiga, pues tengo vivísimos deseos de ver siquiera a un cogulla en presidio, para hacer boca.

## El honor explotable

La campaña de la prensa contra los horrores de la Inclusa, dice un colega, hizo el mismo efecto que los ladridos a la luna. Esa

campaña incompleta, parcial, nea, ó llena de miedo a los neos, sólo se dirigía contra la parte más débil, el elemento oficial y los empleados, humillándose la prensa ante las hermanas y las señoras.

Hablemos hoy de una explotación que las hermanucas realizan maravillosamente, la del honor y de sus misterios. Es un renglón muy saneado, un filoncito riquísimo, un manantial de dinero inagotable.

¿Y cómo explotan el honor esos ángeles de la tierra? De este modo:

Suponga el lector que un caballero tiene sucesión ilegítima, no importa de quién. Las circunstancias le obligan a encargarse de la criatura y llevarla ó hacerla llevar a la Inclusa, sino es que el alumbramiento de la madre se verificó en la Casa de Maternidad de donde pasó la criatura a la Inclusa. Ello es que el padre es bastante caballero para no abandonar a su hijo, quiere que viva y esté bien cuidado, desea verle en los dos días del mes que el reglamento lo consiente cuando los padres son conocidos, y por último encarga que lo entreguen a una ama excelente. El paga todo lo que sea necesario.

Para esto se entiende con el director figurándose que trata de hombre de honor ó hombre de honor; a él se confía, le hace su representante para los efectos del cuidado de la criatura, y se queda el caballero tan tranquilo.

Es costumbre que los padres no sepan quién es el ama que cria al niño, aunque ellos son los que la pagan a precio doble del que aquella cobra, cuando lo cobra. Una peseta ó cinco reales diarios han de dar los padres; dos realitos suele recibir el ama. ¡Que conciencia la de las hermanas!

Si los padres no saben quién es el ama ni dónde vive, el ama tampoco puede conocer a los padres, su nombre ni domicilio. Esto, que parece una garantía del honor, lo es del dinero para las hermanas, porque así éstas pueden guardarse las gratificaciones, regalos y larguezas de los padres con el ama que, ignorante de todo, sigue criando al niño por dos realitos.

Llega dos veces al mes el día de ver al niño su progenitor ó progenitores, y sin falta lo lleva el ama desde su casa de Madrid ó de un pueblo; pero ¡chist! ¡los padres están ahí escondados usted; no deben ver más que al niño. Le ven, suelen dejar algo para el ama y para la casa, y se marchan tan contentos.

Padres así, que no escasean, suelen dar regalos con motivo del primer diente, vestidos, aguinaldos, albricias por cumpleaños ó días, y otras aldelhalas. Si se les dice que el niño está malito ó delicado el ama, dinero; si el marido del ama sin trabajo, dinero; y así siempre. El director será el encargado de comunicar estas noticias.

Al efecto convence al caballero de la necesidad de que lo presente en su casa como un amigo, con cualquier pretexto; así les será más fácil verse. Y he aquí al picapedrero relacionado con una familia pudiente, a veces influyente y dueño de un secreto peligrisísimo para la tranquilidad de un hogar.

Ya conoce a la señora, que nada sabe del misterio, y a las niñas y a los amigos de la casa, y ya es suya ésta con los habitantes; suya y de las taimadas hermanas.

Entonces llueven las peticiones para obras, para otros niños, las recomendaciones apremiantes para las primas de las hermanas ó del director, y para los negocios de éste mismo; entonces, y siempre con la espada de Damocles del secreto, la Inclusa exige, manda...

Padre conocemos a quien ha costado más de seis mil duros un misterio de éstos; el capital sobrado, si el buen señor hubiera previsto el caso de tan indigna explotación para asegurar, no ya la crianza del hijo sin peligro, sino su subsistencia de por vida.

Si esto puede hacerse con un hombre, calcúlese a dónde se llegará cuando la víctima sea una señora, y los recursos, las socallinas de la truhancería monji, para explotar miserablemente a la pobre que cayó en sus redes.

Ahora, calcúlese que son bastantes los casos de este género, y, por lo tanto, vean nuestros lectores si será pingüe la usura del honor para las piadosas, generosas, inocentes, magnánimas, desprendidas, caritativas y heroicas Hermanas de la Caridad.

Cantemos una estrofa del eterno himno a esos ángeles, pero no tan alto que se enteren las amas, pagadas con dos reales sin propinas.

## RAPIDA

A un sinto le tocó la lotería y a Dios le daba gracias noche y día. Pero un ladrón, que halló la puerta franca le robó con auxilio de una tranca.

Dios premia al bueno, pero viene el malo, le quita el premio y le sacude un palo.

NARCISO SERRA

## Corromper por precaución

Preguntado el P. Bailly por el origen de una canción contra Labori, el defensor de Zola, canción *d'une indecente cançó*, declaró sinceramente en los tribunales, que «fué compuesta por chicas, obediendo las órdenes de los Padres».

¡Canciones exageradamente indecentes, compuestas por jóvenes bajo la dirección de los frailes!

Si ya lo decía yo, al saber que España estaba inundada de libros pornográficos: «Nada; esto debe ser obra de los conventos».

Porque supongo que los frailes de España imitarán a los de Francia, a no ser que se dediquen únicamente a vender aquí lo que se compone allá.

Que también pudiera ser, pues ¿a qué están los frailes sino a reunir dinero por todos los medios?

En fin, que la corrupción en todos las naciones sale de los conventos, ya en una forma, ya en otra.

¿Quedamos en esto, eh?

Mas por si hubiera algún lila que lo dudase aún, ahí va esta otra prueba:

Como en la audiencia pública del proceso contra los Asuncionistas, el fiscal Bulot leyese una página indecente y pornográfica publicada por la *Croix*, haciendo notar que la habían compuesto, estereotipado y tirado las prensas de la Congregación en que están empleadas centenares y miles de doncellas, el padre Picard, Superior de la compañía, se defendió diciendo, que eso era para que las vírgenes del Señor *aprendiesen a odiar el pecado conociéndolo*, sabiendo las tentaciones en que podían caer.

Llevando a la práctica esa teoría con cierta severancia, pueden llenarse cómodamente las Inclusas.

¡Es divino! ¡Corromper a las jóvenes para que aprendan a huir de la corrupción!

Y ya, ¿a qué?

## SECCIÓN AMENA

### LA APOTEOSIS DEL CUERNO

El último que llegó al salón de la *juerga*—apoyándose en las paredes porque acababa de salir de un *colmado*—fué un célebre revistero de fiestas taurinas que había conseguido su fama—aparte de la que debía a sus borracheras—merced al prodigioso ingenio de llamar *lamparillas* a los caballos sacados a la plaza, *burós* a los toros y *diestros* a los toreros, y emplear en sus escritos un lenguaje flamenco de su exclusiva invención. Los supradichos toreros, a quienes alababa, convidábanle a menudo, y así iba pasando la vida agarrado a su coleta. Le llamaban *Pezúñas*.

Ya estaban allí un exministro a quien los íntimos conocían por *Cañitas*; un tendero de ultramarinos que hacía el gasto de manzanilla, es decir, que la pagaba; un título de Castilla cuya mujer se había escapado siete días antes con un *mono sabio*; un antiguo *gornoso* que había pasado a *chulo* en obra de un par de semanas; un general veterano, amigo de las reformas, que no se deja la coleta porque no lo permiten las Ordenanzas; un autor cómico de piezas de a real y medio, un fabricante de velas, un periodista, un banquero, dos *mestros* y varias... señoras.

La fiesta era en honor de *Señorito*, toro célebre que en la corrida anterior había  *fotografiado* en la arena quince *arengues*—estilo *Pezúñas*—y dado un puntazo al *Chinche*.

La disecada cabeza del *héroe* ocupaba una especie de trono en el principal testero de la sala. *Cañitas* había hecho llevar de su casa un dosel rojo que cubría habitualmente no sabemos qué retrato, y un sillón sobre el que descansaba majestuosamente la cerviz de la fiera.

El autor dramático llevó una corona de laurel que le habían arrojado a escena en su último triunfo, y cifó con ella las gloriosas astas del bruto.

El título de Castilla, grande de España, que había ido a la fiesta inmediatamente después de salir de una recepción oficial, por lo cual no había tenido tiempo de despojarse de sus condecoraciones, colgó una brillante cruz al peludo cuello del cornúpeto.

La *juerga* dió principio. Un *revistero* escribió después en su periódico que en ella se había «derrochado el ingenio».

Pero lo más notable fueron los brindis. El comerciante de ultramarinos, que era republicano federal, brindó, arrimando el ascua a su sardina, por el advenimiento de la *sinágnoga*, que había de traer la descentralización cornuda en la Península y con ella el venturoso resultado de que en cada provincia, ó por lo menos en cada región, surgiese—ésta fué su palabra—un centro taurino y flamenco que sirviera de noble emulación a los demás centros hermanos; porque la libertad, dijo, es la madre cariñosa de las artes, etc., etc.

El revistero *Pezúñas* no brindó, porque se le trababa la lengua.

Llegó su turno al general, é hizo un paralelo entre las armas y los cuernos, que ni el que entre las armas y las letras hiciera Don Quijote pudiera compararsele. Pero así como el héroe manchego dió la supremacía a las primeras sobre las segundas, él, don Marcos Puntaguda—así se llamaba—consideró a los dos elementos, cuernos y armas, igualmente útiles y necesarios en la moderna sociedad. Si los primeros, dijo, contribuyen a su embellecimiento y esplendor—y miraba al aristócrata—al consuelo de muchas tristezas y al alivio de muchos sinsabores, las segundas garantizan su existencia impidiendo los ataques que pudieran dirigirles los elementos perturbadores de la sociedad, los pobres y miserables, envidiosos é irritados de no poder participar de sus incomparables gocees. (El general obtuvo muchos aplausos.)

Algunos más brindaron; como el fabricante de velas, que afirmó que la industria y los cuernos eran solitarios, y una de las señoras, que dijo emocionada: «¿Qué sería de los cuernos sin nosotros?» A lo cual el aristócrata replicó: «Y sin nosotros!» provocando grandes aplausos.

El exministro *Cañitas* cerró los brindis en la siguiente forma: (*Gran expectación*). «¿Zeñorez? Queda probao que toaz laz clazez eleva de la zociedad contribuyen por igual al glorioso dezarrrollo del cuerno patriótico, y que únicamente loz que por carecer de dinero ó estar amarrado al duro banco del trabajo no pueden ocuparse en zoz cultivo y gozar de zuz dichas, zoz loz que miran con maloz ojoz nueztras flamencaz coztumbres.



Para evitar cualquier dezaguiño por esta parte, está la espada de nuestro general.

«Pero no puedo dejar paz sin protejer la autonomía de nuestro amigo Malpezo (el comerciante de ultramarinos). ¿Por qué se ha de decir, si está a la otra forma de gobierno, que mejor o peor para el dezaguiño del arte nacional? ¿Depende éste acaso de la forma de gobierno? ¿Dez debemos a cazar nueztroz coztumbez tradicionales?»

«Ah, señores! No está en eso el *busilis*. Mientras haya, para bien del arte y posibilidad de su cultivo, quien trabaje por noztroz y noz facilite el duro que cuezta el tendio y la onza que ze gasta en la juegra, no han de acabaze loz cuernos y laz caña de mansanilla.

«En qué, á no zer por esto, emplearían su actividad tantaz perzonaz ilustrez, tantaz ricos zin ocupacionez? ¿Habeiz encontrao, por ventura, un tema de conversazion que eziya menoz estuudioz, menoz inteligenciaz, y pueda, por tanto, zervir mejor que loz toroz y lo flamenco de lazo de unioñ entre todoz loz ricos eziyañolez? Ahí está el zecreto de la afición flamenca: no hay que buzearlo en otra parte. Donde haya quien no trabaje y coma bien, zará ziempre precizo algo en que ocupaze loz dezocupaoz; algo que eziya al alcance de toaz laz inteligenciaz horgazanaz: en Inglaterra el *sport*; aquí loz toroz.

«Gloria, pues, á nueztroz zacozantaz coztumbez nacionalez! Gloria á la flamenqueñal! Gloria al toro *Zeñorio*, que con zuz proceza ha reavivao entre noztroz el zagrao fuegola»

Una salva de aplausos acogió el discurso de *Canitas*, y la reunión se disolvió en medio del mayor... desorden.

## LA CAUSA DEL MAL

63 prelados, cuatro cardenales, ocho arzobispos, un nuncio apostólico, un Tribunal de la Rta, 100 catedrales y colegistas, otros tantos seminarios, 10.000 párrocos, 3.000 coadjutores, 20.000 sacerdotes de diferentes categorías, 10.000 sacerdotes, menagüillos, cantores y sirvientes, 20.000 frailes y monjas que monopolizan la enseñanza, las limosnas, los destinos y la política de campanario...

He aquí lo que principalmente influye en la ignorancia y la ruina de España.

Unas: á esta plaga la de los frailes y las monjas y las hermanas, y sigamos hablando de regeneración, y de prosperidad, y soñando con llegar un día á formar dignamente al lado de los pueblos cultos. Que todo será hablar por hablar y soñar imposibles.

Mientras no se arregle, mejor dicho, se desarregle, esto de la tropa que se come la tierra enseñándonos el cielo, la pobre España no levantará cabeza.

Teágalo así entendido los republicanos de novena y cirio.

## RAMONCITO NOCEDAL

«El hijo legítimo de don Cándido Nocedal (que en paz descanse) y de una hermana del distinguido cómico Julián Romea.

De muchacho encendía las candelillas y jugaba entre bastidores en los teatros donde representaban sus tíos carnales Romea y la Matilde. Allí adquirió, aparte de las que hubiera heredado, esas grandes disposiciones que tiene para la comedia. Última que trocara la vocación, pues si como periodista no pasa de ser un buen periodista de segundo orden, como comediante hubiera sido una gloria.

Siendo estudiante, hizo sus primeros ensayos oratorios en la Academia de Jurisprudencia, defendiendo á su modo los derechos de la Iglesia con otros hijos de moderados de los que la quitaron ó contribuyeron á quitarla los bienes.

Ya abogado, en 1867 y 1868, hizo sus primeras armas como periodista (sebastino) en *La Conciencia*, donde escribió con poca sinceridad, pero con mucha furia contra los progresistas y contra los carlistas, que eran para él igualmente enemigos.

Desdronada donita Isabel, se estuvo unos tres años á ver venir, como su padre, pagados los cuales, y casi muerta la esperanza de una restauración alfonsina, quiso aprovechar el entusiasmo religioso del partido carlista para ser diputado, pero sin declararse carlista, sin imposibilitarse por si acaso venía aquella restauración.

Los carlistas le exigieron que diera un manifiesto carlista. Su padre quiso eludir la cuestión, contestando: «Mi hijo es soldado del catolicismo y defenderá en las Cortes el poder temporal del Papa y la unidad católica.» — No basta, le contestaron los carlistas. Y entonces hizo una declaración de carlista á regañadientes, le eligieron diputado por Valderrobles, vino al Congreso y recitó la fabulita, es decir, echó su discurso de corrido sin equivocarse.

Su padre, que también por entonces se vio precisado á declararse carlista para que le hicieran diputado por Vizcaya, logró luego entrar en la Junta central carlista, quedar de presidente y producir grandes discordias y gran confusión en el partido.

Encendida la guerra, aun cuando estaba en las mejores condiciones para ir al Norte, el soldado del catolicismo se quedó en Madrid.

El haber sido diputado carlista no le atrajo persecuciones y molestias de ningún gé-

nero. Y mientras contemporáneos suyos á quienes él ahora suele llamar mestizos ó liberales, ó lo primero que se le ocurre, abandonaban casa y familia, sacrificaban su porvenir y exponían su vida noblemente en el Norte, en Cataluña ó en el Centro, él se estaba prosaicamente en Madrid haciendo el amor á la hija enferma de un millonario y echando de esta manera los cimientos de su prosperidad mundana.

Casóse, no del todo correctamente, sino á disgusto y contra la voluntad del padre de la novia, que siguió llamándole de usted toda la vida, aunque alguna vez llegó á prestarle dinero al 10 por 100.

Cuando la gente liberal mató los periódicos tradicionalistas, viendo el campo libre puso el ojo al dinero de los católicos, y aun no concluida la guerra, se asoció con un carlista tráfuga acogido al convenio de Cabrera, para fundar *El Siglo Futuro*.

Este periódico, aun con las deficiencias y cobardías propias de un carácter de empresa y de la falta de dirección, pues el director no conoce el terreno carlista en que se mueve, ha sido desde la conclusión de la guerra el órgano de la doctrina carlista y ha prestado excelentes servicios á la causa.

Es de advertir, sin embargo, que el carácter de intransigencia en que consiste su mérito, se lo dieron los redactores, y principalmente los suscritores, pues el director ni entendía ni entiende de esas cosas.

Ha sido en toda la campaña antimestizista una especie de *medecine malgre lui*, ó de héroe por fuerza. Lo mismo que ha sido intransigente, hubiera sido mestizo si eran las pesas del otro lado, es decir, si *La Fe* hubiera sido intransigente.

Entendemos que no está ligado al carlismo más que por los seis mil duros anuales que le deja *El Siglo Futuro* limpios de polvo y paja. Para él, como ha dicho un amigo nuestro, no hay más causa católica ni más causa carlista que las suscripciones del periódico y la glorificación personal suya.

Así se explica que en cierta ocasión se negara á insertar en *El Siglo Futuro*, el anuncio de un libro religioso de Paul Faval, elogiado por el mismo *Siglo Futuro*, sin más que porque estaba traducido por el señor Valbuena, consintiendo en ser demandado por la Compañía general de anuncios, dejando mal á algún padre jesuita que medió en el asunto, y publicando luego, por complacer á la misma Compañía general de anuncios, el anuncio de un libro obsceno, titulado *Christi*. De todo esto tenemos, por si acaso, documentos de prueba.

Después de la muerte de su padre, publicó un artículo modelo de cinismo y de falta de aprensión y se echó á pretender la jefatura del partido carlista, por buenas ó por malas. La maniobra principal que se ensayó al efecto, fué el viaje á Cataluña, engatusando á los amigos para que le dieran banquetes y le aclamaran. Con lo cual quería decir en sustancia á don Carlos: «Ya lo ves: que me nombres ó no me nombres, yo soy el jefe, todos me reconocen como tal, y al fin no tendrás más remedio que nombrarme.»

Los encargos dados por el jefe del tradicionalismo al señor Navarro Villoslada le sacaron de quicio, y en seguida emprendió esta última infame campaña de mentiras telegráficas y epistolares, valiéndose de su amanuense el consabido ratón de logia (Tirando).

Las notas dominantes de su carácter son la deslealtad y la falsía y la facilidad en desfigurar la verdad.

Hoy que ese farsante con la barba teñida acentúa su campaña contra los liberales, para desahogar la rabia que le produce el ver que don Carlos le desprecia, los obispos no se fían de él, y su papelucho ha bajado á 2.000 ejemplares, no huelga la reproducción de ese artículo que le dedicó *Riquelme*, periódico carlista, en el número del 20 de Octubre de 1888.

Los guardias civiles de Zamora oyeron voces que pedían auxilio en el convento de monjas que linda con su cuartel. Algunos salieron al corral, y vieron que una de ellas se quería arrojar por una ventana, y trataron de disuadirla.

Ella entonces les dijo que no lo haría, si le daban palabra de avisar á un pariente suyo, de los malos tratamientos que en el convento le daban.

Ofreciéronse así los guardias, y en esto llegaron las buenas madres y á viva fuerza la arrastraron hacia dentro.

Esto se me dice, y yo me pregunto:

¿Han intervenido las autoridades civil y eclesiástica en el asunto? ¿Qué le hacen á esa monja para obligarla á que intente suicidarse? ¿Siguen funcionando la Inquisición en los conventos sin que nadie intervenga para salvar á las víctimas?

Aguardo la respuesta, á la vez que pido detalles sobre el caso.

## Tirando á dar

«El presidente de la Diputación provincial de Málaga, un tal don Agustín Pérez de Gaxán, ha impedido que entren en las Cajas 36.326 pesetas 31 céntimos que adelantaba don José París Prieto».

Con este motivo *La Bomba* propone que éllos ingrese, ó que las noñizas de la luzeta (entonces se mueren de hambre), los empleados de la Diputación y los enfermeros del Hospital, que no cobran, vayan los tres días á comer al Hotel de Roma por cuenta de Pérez de Gaxán, hasta extinguir la suma de las 36.326 pesetas indicadas.

También propone que si el depositario Martos se ve agobiado con exceso de trabajo, se le ponga una ayuda que vigile sus operaciones, por si se

equivoca y al restar se lleva diez en vez de cinco, advirtiéndolo á tiempo para evitar perjuicios.

Y propone, por última, que la Guardia civil se encargue de prender á los ladrones que roban el dinero del pueblo, á no ser que algún diputado á Cortes tenga interés en que no se persiga á los criminales, cuando sean bandidos de levita.

Mucha pide *La Bomba*. Contentése con el proceso que le formarán, ¡infelizmente!, si acurren las cosas tal como las dice, y anda de por medio un diputado. ¡Pues no es nada decir la verdad en estos tiempos, y á gentes sospechosas y por diputados amparadas!

Y si lo hace por enterarnos que en Málaga se roba y los ladrones andan snellos, advirtiéndole que no es novedad, pues en toda España viene ocurriendo lo mismo desde hace 25 años.

## Otro Tirteafuera

De *La Aurora Social*, de Oviedo:

«Recordaréis á *El Combate*, cuyos redactores venían dispuestos á dar su sangre por la patria, llamando pan, al pan, y al vino, vino.

Pero á donde llamaron fué á las puertas de casa del Marqués de Canillejas. A quien don Román Álvarez fué á pedir un destino.

El Marqués le dijo fuése á pedir perdón al obispo, que estaba algo incomodado por lo de la contribución del coche. Y Román, siempre complaciente, fué á besar el anillo del Obispo.

Por supuesto, *El Combate* ya había muerto. ¿De vergüenza? No, á mano airada. Dicen que el Gobernador le dió la puntilla. Pero el caso es que Román, que había quedado cesante por mor de *El Combate*, ya está empleado con cinco pesetas que el pueblo pagará.

Ya se sabe: el empleo fué creado á su medida y contra la voluntad de algunos concejales. Lo que no quita para que tengamos fe en los pujos revolucionarios de los adalides de nuestra flamante juventud republicana.

¿Comprende Nakens por qué *El Morín* vendía aquí antes sólo cinco ejemplares.

Y no se fe de que ahora le pidan 25 ó 30, porque con seguridad que no son republicanos los que lo leen. Porque éstos no salieron de su *apoteosis* por la *hazaña* del exredactor de *El Combate*. ¡Ahí es nada, comer en casa de Canillejas y besar el anillo al obispo!...

Con otro golpe como ese... República segura.»

Apreciable *Aurora*:

¿Sabes lo que te digo? Que si los números de *El Morín* que ahora van á Oviedo, no fuesen para los republicanos, (lo cual me permito dudar) habría en Oviedo personas de mejor gusto que ellos: las que los leen.

Respecto á lo demás ¿qué decirte? Que, para mí, hay acciones más vituperables que la de robar, aun cuando sean inspiradas por la necesidad de vivir.

## Cosas Literarias y Artísticas

### EL CADALSO

...Dejó el diván en que reposaba, to nó una buja y fué á colocarse ante el espejo. Allí, separando sus vestidos, buscó con el dedo el sitio donde leía el corazón. Sintió sus latidos irregulares. Entonces cogió un alfiler y se arrojó la piel en el sitio donde acababa de poner el dedo. Llegó luego al balcón, le abrió y pasó lentamente por la galería de madera que adornaba la fachada de su chalet.

La lluvia había cesado. Era una noche suave y tranquila. Del bosquecillo de laureles á que daba el balcón, así como del sombrío césped sembrado en los arriales, subían húmedos aromas. Algunas gotas caían de hoja en hoja, con un ruido fresco y continuo. Se recostó en la barandilla, aspirando con fuerza el aire, absorbiendo por todos sus poros, con todos sus sentidos, el encanto de aquella noche de verano.

Sintió un deseo, un capricho. Sacó de su bolsillo un cigarro, lo encendió, y con voz muy baja dijo: «El último».

Le agradó sin duda, porque fumaba con lentitud, vueltos los ojos hacia las estrellas que aparecían entre las nubes desgarradas. Reconoció una de ellas. Waga, de la constelación de la Lira. ¿Qué recordaba? Era cuando amaba, y todas las noches, durante una dolorosa separación, una sobre aquella estrella su mirada con la de la mujer que adoraba.

Pero el cigarro se apagaba y sacudió su melancolía diciendo en voz alta: «Vámonos, es preciso. Entró, se sentó ante la mesa y cogió una pluma. ¿Qué iba á escribir? ¿La razón de su suicidio? Pero á nadie le interesaría, á no ser por una vana curiosidad; por otra parte, ¿cómo ni la sabía él mismo. Se encogió de hombros pensando que era un trabajo inútil, y rápidamente se levantó, abrió un cajón, sacó una pistola, apagó la buja y aplicando el cañón sobre la sien que se había hecho, apretó el gatillo.

Salió el tra. El cuerpo cayó entre la mesa y el lecho, llevándose convulsiones le agitaron... después quedó inánim.

Pasó tiempo. Reinaba ese silencio infinitamente pesado que llena las habitaciones en que la vida ha cesado, como si del cadáver atravesado en un rincón la muerte se extendiera á las cosas inertes, ensordecando los crujidos de los muebles.

De pronto se oyó el rechinar de una tela que se desgarraba. Cayó un cristal, una mano, pisando por la abertura, abrió el balcón con exquisitas precauciones, y apareció un individuo de blusa, llevando una linterna.

Con un movimiento brusco pasó la luz por la habitación. No vió á nadie. «Está bien» dijo: todavía no ha vuelto.

Se dirigió á la mesa con un cuchillo en la mano para violar la cerradura, pero se detuvo. El cajón estaba abierto. Se asustó. Era un hecho tan anormal, que no se atrevía á tocarle temiendo algún lazo.

Al fin hizo un esfuerzo para vencer su temor, y sin tocar el trabajo de escoger, se guardó todo lo que encontraba: dinero, papeles, alhajas.

Con el pálido resplandor que las velas esparcen en el espacio, entraba hábilmente por la ventanilla, en ondas pernosas, los soplos puros que botan sobre los bosques y los campos,

El individuo tenía ya los bolsillos llenos. Extendió su pañuelo y en él amontonó papeles, cartas, todo lo que podía ser de valor, porque no tenía tiempo para mirar. Más tarde escogería.

Pero sus manos temblaron convulsivas. Había un ruido extraño y en medio del silencio un reloj dió la hora: á cada golpe respondía un latido de su corazón. Contó once.

Continuó su trabajo: al vaciar el cajón, un movimiento demasiado vivo derribó la linterna, que sonó con estrépito en el suelo. A este ruido siguió otro insólito, misterioso, indefinible, que partía del lado izquierdo, y se corría al derecho, al izquierdo, á todas partes. Su cuerpo todo tembló. Era un murciélago que chocaba en las paredes buscando por donde escapar: al fin desapareció.

Entonces no tuvo más que un deseo: huir. A tientas bustraba la linterna, cuando oyó pasos en el corredor. De un salto huyó hacia el balcón, quiso escalar la barandilla y... no tuvo tiempo. Un hombre, el criado del muerto, le había cogido. Loco de terror, el criminal no intentó la menor resistencia. Fué derribado al suelo y se dejó atar con un cinturón y un pañuelo.

El criado encendió la buja y buscó á su amo en el lecho, en el diván. Nadie. Adelantó algunos pasos y un grito de horror se escapó de sus labios; le había visto, tendido boca abajo, con los brazos abiertos, como un crucifijo.

«¿Canalls, asesino!... gritó. ¿Lo has matado? Se arrojó sobre el ladrón y le pisoteó con el tacón de su bota llenándole de sangrientas injurias. Le asaltó una idea y se inclinó hacia él. Lo reconoció.

«¡Ah! ¿eres tú, Linán?» dijo. «Pues tu negocio está claro; ya verás.

El hombre lloriqueaba, estúpido, «¡sorto, sin comprender!...

«De mas después se vela la causa.

Era él; un pobre infame, casado, padre de familia, desgraciado, á quien la miseria había impulsado al robo. Siempre la misma historia: la falta de trabajo, la familia que no tiene pan, las deudas que se acumulan, las enfermedades que complican y agravan la miseria. Y pasa un día y otro, y los niños, muy pálidos, parecen que hasta con los ojos piden pan, y el padre busca trabajo, implora auxilio, pide limosna y... nada. Entonces, en la obscura noche de su cerebro brilla una idea; el vecino, hombre rico, que se retira tarde. Lucha con la sugestión del hambre; pasan días; un niño enfermo se muere agotado... y se decide, y una noche escala las tapias del jardín, sube al balcón, entra, saquea los cajones...

Linán apenas se defendió. Ladrón, sí, lo confesaba; había ido á robar; pero cuando le hablaban de un asesinado, de un hombre muerto por él, no comprendía. En su cerebro de bruto, más desorganizado aún por el sufrimiento y la soledad de la celda, las ideas se embrollaban. De aquel caos no salía ni una palabra de protesta, ni un grito de desesperación.

El presidente le interrumpió con benevolencia. Linán lloraba y lloraba. Sólo á veces murmuraba en un gemido: «Yo no he matado; de seguro yo no he matado.

Declararon los testigos. El criado fué implacable. Había creído oír desde su cuarto un tiro, y se había acercado con cierto recelo medio vestido; pero el estrépito de la linterna al caer le había hecho acudir á toda prisa.

El ministro público, por medio de rigurosas deducciones, con horrible lógica, estableció la premeditación. El descubrimiento del cuchillo la probaba de una manera perentoria. La víctima había despertado en el momento en que se cometía el robo, y el acusado, encontrando la pistola al registrar el cajón, había disparado.

El defensor quiso invocar alguna circunstancia atenuante. En vano. Linán fué condenado á muerte.

No profirió ni una queja. Tan monstruosa le parecía la sentencia, que ni un instante admitió la posibilidad de su ejecución. Esperó con paciencia la hora de la justicia.

Sonó. Una mañana entraron en su celda hombres vestidos de negro. Uno de ellos le dijo que se preparase á morir. Abrió los ojos llenos de estupor. Le ataron y se dejó manejar como un animal dócil, como una cosa inerte.

Tuvieron que llevarle hasta el cadalso; sus dientes castañaban; apenas se le oía murmurar: «Yo no he matado, no... no he matado!

MAURICE LEBLANC

Se corre por Zamora que un profesor muy católico ha enseñado á una niña algo que no se incluye en los programas por más que sea cosa usual y corriente entre clericales.

Procuraré enterarme, por más que no confío mucho en que mis apreciables correligionarios me den noticias claras y concretas, pues los pobrecitos suelen ser los primeros en ocultar estos escándalos, para que no padezca la religión católica, que es precisamente la encargada de traer, defender y consolidar la República.

## Caridad y cuernos

Hace algunas semanas desechó el Ayuntamiento de Sevilla la moción de un concejal, para que se adquirieran mil trajes de invierno con destino á los niños pobres que concurren á las escuelas municipales; y la desechó, por la imposibilidad en que estaba de gastar 15.000 pesetas.

En cambio va á consignar una suma igual para la celebración de un concurso de reses bravas y premiar al dueño del toro que tenga mejor lidia en las corridas de feria.

Al ver que el fomento de las vacadas es más importante para el ayuntamiento de Sevilla que la práctica del bien y la protección á los niños, exclama *El Museo Escolar*:

«¿Qué pensarán aquí de aquellos concejales de París, que votan anualmente muchos cientos de miles de francos para el sostenimiento de las cantinas escolares, con el objeto de que los niños pobres encuentren en las escuelas el alimento del cuerpo, á la vez que el de la inteligencia?»

¿Qué han de pensar, ilustrado compa-

ñero? Que los concejales de París no se ben por donde se andan; pues para poner á los pueblos en condiciones de que elijan concejales bárbaros é inhumanos nada tan eficaz como proteger los toros y abandonar los niños.

Aparte esto, entre premiar toros, cebar frailes y alimentar niños, ¿qué ayuntamiento clerical vacila en la elección? Porque es de advertir que el ayuntamiento de Sevilla, se distingue también por su protección á la frailería, no sé si porque así se lo ordenan sus respectivas esposas á los concejales.

¡Ay qué paisanitos me ha deparado la divina Providencia!

Un cura se ha suicidado en Sevilla.

No sería adulador, intrigante ni esteta; en cualquiera de esos casos habría vivido tan ricamente que maldirá si se le hubiera ocurrido la presuntuosa dimisión de la existencia.

«Una secta religiosa de un lugar de Holslanda (Appeltern), ha perpetrado un sacrificio humano en honor de una divinidad salvaje, asesinando á un hombre. Los criminales bañaron sus manos en la sangre del sacrificado.

A consecuencia de este horrible suceso, han sido presos más de veinte fanáticos.

Condenamos las religiones que tienen ó han tenido la costumbre de sacrificar seres humanos, es decir, todas.

Todas, menos la católica, única verdadera, y que, por lo tanto, sólo ha consentido á sus adeptos matar judíos, hugonotes, herejes, etc., etc., ya en masa, ya aislado, ya sometidos como á piadosos y caritativos procesos como aquellos de la santa Inquisición.

Mi divorcio completo de todas las religiones no ha de impedirme reconocer esta gran verdad.

## INTERESANTE

Desde el 1.º del actual se admiten á la circulación por el correo, con la garantía del Estado y sin limitación de oficinas, valores en metálico que declarará el expedidor hasta la cantidad de 50 pesetas en cada envío.

El remitente de valores en metálico abonará en sellos de correos adheridos á la cubierta del objeto:

Primero. El derecho de franqueo correspondiente á una carta sencilla (15 céntimos) por cada 60 gramos de peso ó fracción de 60 gramos; y

Segundo. El derecho de certificado según la tarifa general (25 céntimos).

Los valores en metálico se presentarán al correo dentro de sobres especiales, aprobados por la dirección general del ramo.

Los sobres con valores en metálico deberán estar cerrados con goma y llevar en el reverso un sello sobre lazo con iniciales, nombre completo ó razón social, que sujete todas las solapas y el precinto.

El expedidor de un envío de esta clase consignará en la parte superior del anverso la indicación «valores en metálico», y debajo, en letra y en guarismos, la cantidad en pesetas que contenga, no admitiéndose en estas expresiones, emiendas, raspaduras, ni interlineados, aunque traten de salvarse por medio de nota.

Los sellos de correos que representen los derechos de franqueo y certificado, se adherirán al anverso del sobre, de forma que aparezcan separados, y de los bordes del objeto.

Los envíos con valores en metálico no podrán pesar más de 300 gramos.

La administración, en caso de extravío de un certificado con valores en metálico, abonará al imponente, á petición de éste al destinatario, una cantidad igual á la declarada, excepto en los casos en que la pérdida haya sido ocasionada por fuerza mayor, ó cuando la declaración de valores sea fraudulenta por haberse demostrado que el sobre los contenía en menor cantidad que la consignada en la cubierta; cuando el destinatario haya firmado el recibo conforme; cuando el sobre, al ser entregado, no ofrezca señales exteriores de fractura, y cuando no se haya formulado la reclamación ó petición de noticias del certificado dentro del plazo de un mes, contando desde la fecha del resguardo.

Dice un colega hablando de las Reparadoras:

«Las Reparadoras son unas señoritas que, cansadas del mundo, disgustadas de los hombres, ó viceversa, se consagran á servir y amar á Dios, para lo cual reúnen una buena dote en sendos pesos duros, se hacen un opulento ajuar con camisas de nips, y encajes vaposos, y medias fantásticas, y pantaloncitos deliciosos, y jubones caprichosos, y cubre-corsés divinos, y enaguas de ringo-rango, y conejeros maravillosos, y unos pañuelitos, y unas botitas; y no le digo á usted nada de ligas de seda con broches de plata.»

¿Quién hubiera sido capellán de las Reparadoras á los 25 ó 30 años!

Un agente de Bolsa, D. Faustino García Monge, ha desaparecido con unos cinco millones de reales, entre ellos 3.850.000 del colegio de San Calisto de Plasencia. Era uno de los más feroces propagandistas de las placas del Corazón de Jesús.

Naturalmente.

Si dejase de ir *El Morín* á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.